

EL VESTIDO DEL DINERO DEL DIEZMO

Por *Carrol Johnson Shewmake*

¡LA PRIMAVERA se respiraba en el aire! ¡Los pájaros le cantaban y los árboles estaban cargados de ella! ¡Arvejillas, petunias, pensamientos y rosas lucían sus más brillantes atavíos, delicados colores y deliciosos perfumes!

No era pues de extrañar que el dormitorio de las chicas se hubiera transformado en una colmena de actividad. Era la época del año apropiada para hacerse una nueva permanente, probar un nuevo peinado, comprar un nuevo vestido, o abrir el perfume que habían estado guardando desde las fiestas.

¡Afortunada era en verdad la chica que podía hacer todas esas cosas! Afortunada aún la que podía hacer una de ellas, pensé al colgar mi falda azul marino y mi blusa blanca de algodón. Poniéndome el vestido de algodón oscuro que usaba en las tardes, me detuve frente al espejo para peinarme.



-¿Vas hoy al pueblo? -me preguntó Margarita, mi compañera de cuarto, mientras se preparaba afanosamente para ir a trabajar.

-Sí, Arlene quiere que le ayude a elegir un vestido nuevo -le contesté tironeándome el cabello-. Ojalá pudiera comprarme uno, pero los que tengo tendrán que durarme todo el año.

-Yo sé -simpatizó Margarita-, lo mismo yo. Si no corro llegaré tarde al trabajo. Adiós.

Y Margarita salió como un remolino por la puerta y desapareció por el corredor. Le di al cabello otro tirón y me volví para tomar mi bolso.

"No necesito llevar un bolso sin dinero , murmuré.

¿Dinero?... Oye, tengo dos dólares en mi cajón. . . ¡Es el dinero de mi diezmo! Naturalmente, no lo gastaré, pero me sentiré mejor si oigo sonar las monedas en mi bolso. Apresuradamente recogí los dos dólares en monedas y los puse en el bolso.

-¿No estás lista todavía? -llamó Arlene desde la puerta del frente-. ¡Vamos!

Los negocios del pueblo estaban tan alegres como el tiempo. Arlene miró docenas de vestidos y yo la seguía envidiosa.

-Mira aquél tan bonito, rayado, verde y blanco -y Arlene señaló emocionada uno que estaba en la vidriera-. ¡Ese es el que quiero!

Entramos y encontramos el vestido en un colgador.

-¡Oh, mira, la etiqueta dice que está en liquidación por sólo dos dólares! ¡Y hay dos! ¿Por qué no te compras tú también uno?

¡Nunca debiera haberme probado ese vestido, porque me sentaba maravillosamente! De modo que le di a la empleada el dinero de mi diezmo.

Esa tarde llevé el paquete a mi cuarto bastante incómoda.

Usemos nuestros vestidos nuevos para la cena -dijo Arlene- Apúrate ahora; está por tocar la campana.

La campana para la cena sonó justamente cuando me estaba metiendo el vestido por la cabeza. Me lo puse apresuradamente.

¡Rring!

-¡Mi vestido nuevo! -jadeé.

Margarita apareció en la puerta y gritó: - ¡Apresúrate, Carroll; llegaremos tarde para cenar!
Arlene venía justo detrás de ella.

Me saqué el vestido nuevo y me puse rápidamente mi vestido de algodón oscuro.

-¿Pero qué se te ocurre? -preguntó Arlene-. ¿Por qué no usas tu vestido nuevo?

-Estás rajado -suspiré mientras las tres nos apresurábamos para llegar a tiempo al comedor.
Margarita miró extrañada.

-¿Te compraste un vestido nuevo, Carroll? -preguntó-. Pensé que no tenías dinero.

-Encontré un dinero que me había olvidado que lo tenía -le dije.

-¡Dichosa de ti!

Pero Margarita no pareció sentir la menor envidia.

Arlene ofrecía un verdadero cuadro de primavera con su vestido rayado, verde y blanco, pero yo no la envidiaba en lo más mínimo, porque me sentía muy miserable.

Quizás remendé el vestido verde y blanco y lo usé. Realmente no recuerdo, porque esto ocurrió hace muchos años. Lo que sí recuerdo es que debí trabajar arduamente para ganar el dinero y devolver el diezmo... ¡Con interés!

El encanto de la primavera, el señuelo del mañana, son cosas que nunca me han vuelto a tentar para gastar para mí el dinero que pertenece a Dios.

De todos los vestidos que he tenido, el que mejor recuerdo es aquel vestido verde y blanco, comprado con el dinero del diezmo.